

LAS CRÓNICAS DE LA CONQUISTA DE MÉXICO (UN RESUMEN)

José Luis MARTÍNEZ
Academia Mexicana de la Lengua

EL MARCO GENERAL

LAS CRÓNICAS DE LA CONQUISTA DE México son parte de la extensa historiografía acerca de México en el siglo XVI, que comprende, además, las primeras noticias del Nuevo Mundo, las historias generales de Indias, las historias religiosas o monásticas, las de contenido etnohistórico, las historias naturales y las de la vida civil, así como las relaciones indígenas o de inspiración indígena y los códices pre y posthispánicos.

Estas crónicas se refieren al choque que ocurrió, de 1519 a 1521, entre el mundo indio y el mundo español. Gracias a las exploraciones de Hernández de Córdoba y de Grijalva, que llevaron a Cuba noticias de una tierra extensa y rica en oro, la expedición al mando de Hernán Cortés conquistó el imperio indígena culhúa-mexica o azteca, que luego se llamó México, cuyo señor era Moctezuma, y más tarde dominó otros señoríos del actual territorio mexicano.

Los indígenas de estas tierras, tras de los titubeos y las fintas iniciales ante lo desconocido, opusieron a los invasores una resistencia organizada, tenaz y heroica para defender su libertad, y al fin fueron aniquilados por la superioridad de los armamentos y la astucia del pequeño ejército de los españoles. Aprovechando las enemistades que existían entre los pueblos nativos, Cortés logró la alianza de considerables ejércitos indígenas quienes, bajo el mando español, fueron

los verdaderos autores de la destrucción del poderío azteca. Consumada la conquista, los pueblos autóctonos fueron puestos en servidumbre por los españoles.

LA MATERIA DE LOS TESTIMONIOS

Los testimonios que conquistadores y conquistados escribieron o pintaron en el siglo XVI acerca de estos acontecimientos constituyen las crónicas de la conquista de México. Los primeros querían dejar constancia de la magnitud de su hazaña, de las penalidades y hambres que padecieron para sobrevivir en tierras desconocidas, fiados sólo en su audacia y en su pasmosa capacidad de adaptación y de resistencia; de su temor ante la pequeñez de su ejército frente a los millares de soldados indios que los atacaban y de su terror ante la amenaza de ser cogidos vivos y sacrificados en las pirámides; y, al mismo tiempo, de cómo, guiados por Cortés, lograron sojuzgar a pueblos poderosos con una cultura avanzada. Sus narraciones están llenas de admiración por la organización política y social de los pueblos del altiplano, que habían construido grandes ciudades, con refinamientos e instituciones desconocidas para los españoles; que tenían sistemas de escritura, de numeración y de cronología, de los que dan constancia los libros pintados llamados códices; que poseían riquezas en oro y piedras preciosas, admirablemente labradas, y que disponían de ejércitos bien organizados, abastecidos y valerosos, pero que sólo contaban con armas primitivas.

Los vencidos, por su parte, dejaron constancia de los funestos presagios que les anunciaban el fin de su mundo y de la profecía que los hacía esperar el retorno de Quetzalcóatl, el sacerdote y deidad civilizadora que había prometido volver; de la aparición en las costas del Golfo de grandes navíos con hombres blancos y barbados, vestidos de hierro, con armas terribles y animales para ellos desconocidos, caballos y perros feroces; del terror que sufrió Moctezuma y de sus vacilaciones frente a los intrusos; de las insurrecciones que los invasores provocaron en pueblos vasallos del imperio; de la primera llegada pacífica de los españoles a

México-Tenochtitlán, de la matanza del Templo Mayor y de la rebelión indígena en la que ocurrió la muerte de Moctezuma; de la expulsión violenta de los españoles en la Noche Triste y del largo y doloroso asedio final a la gran ciudad, en el que fueron derrotados y sojuzgados.

Para unos y para otros, aquellos habían sido acontecimientos excepcionales que cambiaron sus vidas, para mejorar, en términos generales, las de los conquistadores, y para aniquilar las de los indios que perdieron su antigua forma de vida y someter a vasallaje a los que sobrevivieron a la guerra y a las asoladoras epidemias.

MOTIVACIONES DE LOS CRONISTAS

Era, pues, natural, que vencedores y vencidos se improvisaran escritores para contar sus experiencias. A los cronistas españoles los movía el impulso de narrar los hechos prodigiosos en que habían participado, para dejar constancia de su fama y esfuerzo. Describían, al mismo tiempo, las peculiaridades de la cultura y los usos para ellos extraños del Nuevo Mundo. Pronto, los relatos dejaron de ser gratuitos para convertirse en alegatos interesados, en "relación de méritos y servicios" que les servían para reclamar a la corona más indios, más mercedes y más cargos que recompensaran sus hazañas.

Los religiosos dejaban constancia de sus éxitos y sus tropezos en la realización de la conquista espiritual de los indios, se empeñaban en la formación de vocabularios y gramáticas de las lenguas indígenas, que hicieran posible la comunicación y la evangelización; y varios de ellos, sobre todo Olmos, Motolinía, Sahagún, Durán, Mendieta y Torquemada, describirían las características etnohistóricas de los pueblos indígenas, sus ritos y sus dioses, y los sistemas de su escritura, numerología, cronología y cómputos astronómicos. Y los inconformes, como Las Casas en primer lugar, denunciaban la conquista como una violencia criminal y exigían la restitución de cuanto se hubiera tomado por fuerza de los indios.

Los cronistas indios, con una admirable vocación cultural, aprendieron rápidamente el sistema de escritura europeo para dejar memoria del mundo que desaparecía. Escribieron relaciones en sus lenguas autóctonas o en español, de la historia de sus pueblos, de las genealogías de sus príncipes, de sus deidades y creencias religiosas, de sus ideas cosmogónicas, y algunos de ellos narraron los hechos de la conquista, desde su propia visión de vencidos.

Los antiguos *tlacuilos* y sacerdotes supervivientes rehicieron algunos de sus códices antiguos, que les habían sido quemados, e hicieron muchos otros nuevos o bien ilustraron las relaciones históricas, mezclando sus técnicas y convenciones pictóricas con las que estaban aprendiendo de los frailes.

En fin, gracias al celo de historiadores como fray Bernardino de Sahagún, quien hizo que ancianos y sacerdotes entendidos en sus antigüedades las relataran, y que jóvenes expertos en la escritura y la pintura registraran sus exposiciones, logró que se formase una recopilación enciclopédica, de carácter sistemático, acerca del mundo indígena, que incluía también el relato de la conquista.

A los cronistas indios de la que puede llamarse primera etapa los movía este celo por guardar la memoria de su mundo que desaparecía. En cambio, los historiadores mestizos de fines del siglo XVI y principios del XVII, como Muñoz Camargo y Alva Ixtlilxóchitl, escriben no sólo para exaltar la historia de sus pueblos sino también, al igual que los cronistas españoles, para hacer valer la ayuda que prestaron a los conquistadores y para reclamar las concesiones que por ello se les debían. Sus obras son, pues, otra manera de "relación de méritos y servicios", aunque no personales sino para beneficio de sus pueblos.

LAS VERSIONES PRINCIPALES DE LOS CONQUISTADORES

Las cinco *Cartas de relación* de Hernán Cortés, escritas desde varios lugares del territorio mexicano entre 1519 y 1526 y dirigidas al emperador Carlos V inician las crónicas de la

conquista de México. Desde su personal y parcial perspectiva, narran los hechos principales de aquella hazaña y fijan una secuencia que seguirán los cronistas e historiadores posteriores. Cortés no dispone de ningún apoyo documental previo y de ningún modelo preciso, pues las coincidencias y afinidades con la *Guerra de las Galias*, de César, no llegan a significar un verdadero paradigma.

En las *Cartas de relación* de Cortés son notables sus dotes de narrador más bien estricto y frío, aunque con algunas sales de humor, que sabe elegir entre el cúmulo de hechos los esenciales para su relato; su entusiasmo y admiración por la cultura y el pueblo cuya conquista y destrucción realiza; su capacidad de observación para describir la nueva tierra y la civilización de los antiguos mexicanos; su objetividad para narrar lo mismo sus éxitos que sus fracasos y aun sus grandes equivocaciones, así calle hechos por razones políticas y sutilmente deslice la imagen de su hazaña personal; los rasgos de cultura clásica y conocimientos jurídicos que ilustran y apoyan sus argumentaciones; y la excepcional capacidad de invención de recursos, astucias y aun maldades, con insensibilidad moral sin fisuras, con que realiza su conquista.

Aunque Francisco López de Gómara, capellán de Cortés en su última estancia en Castilla, nunca viajó a las Indias, los informes que recibió de Cortés, su inteligencia y su notable estilo, lo hicieron escribir la primera visión de conjunto de la conquista de México, crear el primer esquema de sus etapas, sucesos y actores principales, y poner de relieve la significación excepcional de aquellos hechos. En los capítulos finales de su *Conquista de México* (Zaragoza, 1552), ofreció una especie de compendio etnográfico y acerca de los sistemas de numeración, de escritura y de cronología de los antiguos mexicanos.

López de Gómara no menoscaba expresamente la intervención de los capitanes y soldados en la conquista; sin embargo, la impresión final es que su héroe fue Cortés, motor y guía de todas las decisiones. Esta actitud y la discrepancia en cifras, que el historiador tendía a magnificar, más desacuerdos en hechos menudos, motivaron las censuras de Ber-

nal Díaz, quien veía en él al historiador que escribe de oídas, ignorando la verdad de los hechos.

La *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (Madrid, 1632), de Bernal Díaz del Castillo, es la crónica por excelencia. Su autor era un soldado bastante oscuro que había participado en las dos expediciones a tierras mexicanas que procedieron a la de Cortés, y que sabía leer y tenía cierta cultura tradicional. Nunca fue mencionado por Cortés en sus *Cartas* ni en las relaciones que escribieron otros capitanes. Pero este soldado sufrido, que estuvo en las acciones más peligrosas y que vio o se informó de cuanto ocurrió, iba acumulando en su memoria prodigiosa el mayor caudal de informaciones acerca de los hechos principales de la conquista, y de infinidad de anécdotas y circunstancias menudas.

Terminada la lucha, Bernal Díaz se establece en Guatemala como regidor perpetuo y encomendero. Cuando ya cuenta sesenta años comienza a escribir su crónica de la conquista de México, ocurrida treinta y cinco años antes; y cuando lee, hacia 1560, el libro de López de Gómara, se encrespa y decide rectificar aquella que considera versión parcial, para hacer valer también el esfuerzo de los soldados. Escribe lentamente, a lo largo de unos quince años, y terminará hacia 1568 su *Historia verdadera*, que seguirá retocando, cuando tenía ya setenta y tantos años.

Bernal Díaz abominaba las elegancias de estilo y la parcialidad cortesiana de López de Gómara, pero aprendió mucho de él. No es del todo seguro que leyera algunas de las *Cartas de relación* de Cortés, así es que fue sobre todo la *Conquista de México* la obra que le dio la pauta de aquellos hechos ya lejanos, la que le permitió articular su historia y la que fue reavivándole sus recuerdos. Mientras que Cortés y López de Gómara exponen los hechos esenciales y sus consecuencias, Bernal Díaz relata cómo fueron, quiénes los realizaron y cuáles fueron las reacciones y los sentimientos de sus actores, con un calor humano y una minuciosa precisión de cosa inmediata, que hace fascinante su lectura. Recordará centenares de episodios, situaciones y peligros; cientos y cientos de personajes, con sus nombres, orígenes, apodosos y

rasgos de carácter; los extraños nombres indios de personas y lugares, que fonetizaba como podía y a veces enredaba; los parlamentos dichos en cada ocasión —así los invente y se sirva de ellos como un recurso retórico, al modo de los clásicos—; las imágenes visuales y los ruidos, y la impresión que provocaron; la variedad y extrañeza de las cosas y usos del Nuevo Mundo que maravillaban a sus descubridores; y aun la pelambre, condiciones, nombres y sucesivos propietarios de cada uno de los caballos iniciales de la conquista. ¿Cómo pudo hacerlo en una crónica que cubre los hechos de muchos años, sin desfallecimientos ni confusiones mayores?

LAS RELACIONES TESTIMONIALES MENORES

Dos conquistadores más, Andrés de Tapia y Alonso o Francisco de Aguilar, compañeros de Cortés y que participaron en la conquista, escribieron también relaciones de estos sucesos. Tapia fue uno de los capitanes más adictos y cercanos a Cortés y aun lo acompañó en sus dos viajes a España. Hacia 1547, cuando se encontraba de regreso en México, escribió su *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernando Cortés, marqués del Valle*, que dejó inconclusa pues termina con la prisión de Narváez. Tapia era un buen narrador y su versión de los acontecimientos de la conquista es importante por su objetividad y la viveza de sus observaciones. Es el primero que describe, con cierta precisión arqueológica, los monumentos y deidades del Templo Mayor; es expresivo su relato del ataque de las huestes de Cortés a las de Narváez, y al final de su *Relación* da cuenta de los depósitos de petróleo y chapopote que existían en los pueblos que tenía en encomienda, cerca de la costa del Golfo.

Terminada la conquista, el soldado Alonso de Aguilar se hizo fraile dominico, tomó el nombre de Francisco, y ya viejo, hacia 1560, dictó su *Relación breve de la conquista de Nueva España*. Está dividida en ocho “jornadas” que cubren desde la preparación de la expedición de Cortés hasta la prisión de Cuauhtémoc, y es un buen resumen de un testigo y actor en

los hechos de la conquista. Una de las contribuciones originales de la *Relación breve* es la preocupación de Aguilar por indicar el número de casas y la población que estima, con tendencia a la exageración, en las principales ciudades y pueblos de la Nueva España, a mediados del siglo XVI.

ANGLERÍA, EL PRIMER DIVULGADOR

Pedro Mártir de Anglería fue el primero en divulgar en Europa las noticias del Nuevo Mundo. Un año después del descubrimiento comenzó a escribir en latín las cartas que luego se llamarán *Décadas del Nuevo Mundo*. En cuanto llegaban noticias y relaciones, iba publicando una a una las ocho partes que forman su libro. Como un auténtico periodista, recogía con predilección “lo más ameno, lo más exótico, lo más pintoresco y divertido”. Nunca viajó a las nuevas tierras, pero conoció y conversó mucho con los grandes descubridores y exploradores, con Cristóbal Colón, con Sebastián Caboto y con Américo Vespucio. La mezcla de realidad y fantasía de sus escritos encantaba a sus lectores, que buscaban con afán sus *Décadas*, y el mismo papa León X las leía de sobremesa a su sobrina y a sus cardenales. Los Reyes Católicos lo nombraron consejero de Indias y cronista. En las últimas cuatro *Décadas*, que escribió entre 1521 y 1526, año de su muerte, divulgó las noticias del descubrimiento y conquista de México, que había consignado Hernán Cortés en sus relaciones, con datos complementarios que había recibido Anglería en sus conversaciones con viajeros. A él debemos la primera descripción, notablemente precisa, de los libros pintados o códices indígenas, así como de los demás regalos que envió Cortés a Carlos V, oro, plumajes y pedrería que lo hicieron exclamar: “Paréceme no haber visto jamás cosa alguna que por su hermosura pueda atraer tanto las miradas humanas”.

LA CONQUISTA EN OBRAS GENERALES

En la segunda mitad del siglo XVI y a principios del XVII,

ya lejanos los días de la conquista, se escriben en México obras de conjunto acerca de la historia y la cultura de los pueblos indígenas de Nueva España, en las que se dedican secciones importantes a la narración de la conquista.

El humanista Francisco Cervantes de Salazar, primer cronista de Nueva España, escribió su *Crónica de Nueva España* entre 1557 y 1564, y dedicó a la conquista los libros II a VI, con que termina su obra. En términos generales, va siguiendo el esquema y las informaciones de la *Historia general de las Indias* y en especial de su segunda parte, *Conquista de México*, de Francisco López de Gómara. Aprovecha también muchas otras fuentes y testimonios, algunos de los cuales sólo se encuentran en la *Crónica*, y se sirve también de los escritos de Motolinía y de las *Cartas de relación* de Cortés, sobre todo de la tercera. Los hechos principales de la conquista no ofrecen, pues, novedades mayores en la *Crónica* de Cervantes de Salazar, pero les ha añadido numerosos detalles y circunstancias dignos de conocerse.

Las contribuciones originales y más interesantes y amenas de Cervantes de Salazar, ya fuera del tema de la conquista, son las descripciones de la ciudad de México a mediados del siglo XVI, en que vive el autor, y la narración de sucesos curiosos o notables de esta época.

Francisco Hernández, ilustre hombre de ciencia y Protomédico General de las Indias, fue enviado por Felipe II a Nueva España en 1571, donde permanecerá hasta 1577, para estudiar la historia natural y la medicina en el Nuevo Mundo. El doctor Hernández viajó extensamente por México y compuso en latín una admirable *Historia natural de Nueva España*, en la que estudia minuciosamente plantas, animales y minerales en un total de 3 326 capítulos.

A la manera de Plinio, que en su *Historia natural* se ocupó de la historia humana, Hernández, después de describir los reinos de la naturaleza, se sintió obligado también a completar su magna empresa exponiendo la historia del México antiguo. Que el mundo es uno y que hay concordancia entre las vidas naturales, regidas por el cielo y los astros, y las humanas que se determinan por voluntad propia, lo dice Hernández en el proemio en que dedica a Felipe II sus *Antigüedades de la Nue-*

va España y libro de la conquista, escritas también en latín.

El libro de etnografía y de historia del doctor Hernández no pasó de ser el de un mediano aficionado. Resumió con cierta prisa las fuentes disponibles en su tiempo —Cortés, López de Gómara, Motolinía— a través del anterior— y Sahagún, de ahí que los pasajes más interesantes de sus *Antigüedades* sean aquellos en que consigna testimonios directos de la Nueva España de su tiempo, hacia 1574. Su relato de la conquista es un breve compendio, sin aportaciones originales, que relata desde la salida de Cortés de Cuba hasta la consolidación del dominio español en la que se llamaría Nueva España.

Fray Juan de Torquemada, como lo habían hecho Motolinía, Sahagún y Mendieta, sus compañeros franciscanos, escribió durante veinte años su *Monarquía indiana* (Sevilla, 1615), dedicada a exponer cuanto se sabía acerca del origen y civilización de los antiguos pueblos de indígenas de México, de su conquista y evangelización. Su propio método historiográfico fue el de transcribir o resumir, sin citar fuentes, lo que se hubiese escrito acerca de tan extensas materias, que distribuyó en veintiún copiosos libros. El cuarto de ellos, y el más extenso de la obra, narra el descubrimiento de las costas de Nueva España y la historia de la conquista hasta la destrucción de Tenochtitlán. Sus fuentes principales son las obras ya publicadas para entonces de López de Gómara y Antonio de Herrera —que a su vez recogía tantas relaciones— y las manuscritas de Bernal Díaz, Sahagún, Muñoz Camargo y Alva Ixtlilxóchitl. La versión que ofrece Torquemada es la convencional de las fuentes españolas, con la visión providencialista de Hernán Cortés —propuesta por Mendieta—, como el animoso capitán por cuya industria se abrió “la puerta de esta gran tierra de Anáhuac [y se hizo] camino a los predicadores del Evangelio en este nuevo mundo” (Prólogo al libro IV).

ENJUICIAMIENTOS

El dominico fray Bartolomé de Las Casas, quien conoció a

Cortés en sus años de Cuba y mostró animadversión contra él, dedicó cinco de las veinte secciones que forman la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (Sevilla, 1552), a relatar atrocidades de los españoles en la conquista de México. Sin mencionar los nombres de los capitanes responsables, narró las matanzas y crueldades de Cortés en Cholula, de Alvarado en el Templo Mayor y en Guatemala, de Nuño de Guzmán en Pánuco y en Jalisco, y de Montejo en Yucatán. Esta *Brevísima relación* y los demás *Tratados* incendiarios que publicó Las Casas en 1552 tuvieron una amplia resonancia en Europa —gracias a numerosas traducciones— y las Indias y fueron uno de los orígenes de las recriminaciones contra España que se llamaron Leyenda Negra.

Además de las refutaciones de los juristas contra tan graves acusaciones, se escribió una más, muy interesante. Bernal Díaz del Castillo leyó la *Brevísima relación* y reaccionó airadamente contra la versión que da Las Casas de la matanza de Cholula, en que el soldado-cronista había participado. Las Casas “afirma —dice Bernal Díaz— que sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo, y porque se nos antojó, se hizo aquel castigo . . . siendo todo al revés; *perdóneme su señoría que lo diga tan claro, que no pasó lo que escribe*” (*Historia verdadera*, cap. LXXXIII. Las palabras en cursiva fueron tachadas por el cronista). Y menciona, en seguida, la investigación que hicieron los franciscanos en la que comprobaron que sí existió una conspiración de los cholultecas.

LA CONQUISTA ESPIRITUAL

Después de tener noticia del descubrimiento de nuevas tierras por Cristóbal Colón, el papa Alejandro VI dio a los Reyes Católicos la bula *Inter caetera*, del 4 de mayo de 1493, en la que, además de establecer la línea de demarcación entre los dominios de España y los de Portugal, hacía donativo a Fernando e Isabel del “señorío de todas las islas y tierras firmes descubiertas y por descubrir”, y les mandaba que

“envíen a las dichas islas y tierras varones buenos, temerosos de Dios, doctos, sabios y experimentados, para enseñar e instruir a los moradores de ellas en las cosas de nuestra Santa Fe Católica, y en buenas costumbres”. Este propósito evangelizador se repitió en las instrucciones iniciales de Carlos V a Cortés, del 15 de octubre de 1522.

Junto a los otros móviles de la conquista: la fama, la aventura, el poder y la riqueza, la conquista espiritual de nuevos pueblos fue también importante y era la que daba un contenido moral, un espíritu de cruzada, a aquella empresa.

Las “tropas de choque de la conquista espiritual”, como las llamó Lesley Byrd Simpson, fueron los frailes de las órdenes mendicantes, franciscanos, dominicos y agustinos. Pronto comprendieron que, para conducir, evangelizar, educar y proteger a los indios, era necesario, en primer lugar, comprenderlos. De ahí que su tarea inicial fuera el aprendizaje de las numerosas lenguas del territorio de la Nueva España y la preparación de vocabularios, gramáticas, catecismos, confesionarios y manuales diversos para uso de los misioneros. Robert Ricard ha listado, en el periodo 1524-1572, un total de 109 obras en o acerca de lenguas nativas, de las cuales 80 son de franciscanos, 16 de dominicos y ocho de agustinos, más cinco anónimas. En cuanto se introdujo la imprenta en México, hacia 1539, buena parte de su producción estuvo dedicada a imprimir algunas de estas obras lingüísticas.

La construcción de iglesias, monasterios, escuelas y hospitales se extendió pronto en la Nueva España, no sólo en las ciudades de españoles, México, Puebla, Valladolid, Guadalajara y Oaxaca, sino también en regiones muy apartadas. En esta vasta red de impresionantes conventos e iglesias —a veces, como algunos agustinos, de magnitud desproporcionada a la de los pueblos que servían—, que construyen los indios bajo la dirección de los mendicantes, los frailes del siglo XVI “trazaron los pueblos. . . , gobernaron las comunidades y educaron a los indios”, resume George Kubler.

Muchos otros aspectos relevantes tuvo la conquista espiri-

tual como la educación y el adiestramiento de los indios, la asistencia social, la lucha tenaz y en ocasiones violenta para extirpar la idolatría, el uso de ingeniosos recursos para facilitar la evangelización, como pinturas ilustrativas, catecismos y oraciones en imágenes y representaciones teatrales.

Además de sus tareas como lingüistas, constructores, evangelizadores y educadores, dos franciscanos notables, fray Toribio de Motolinía, en sus *Memoriales* y en su *Historia de los indios de la Nueva España*, redactados entre 1535 y 1543, y fray Gerónimo de Mendieta, en su *Historia eclesiástica indiana*, compuesta entre 1573 y 1597, escribieron acerca de las antigüedades de los pueblos indígenas, de su religión, de sus instituciones civiles y políticas y de sus costumbres, y de cómo fue introducida la nueva fe.

A estas obras de historia y etnografía de los pueblos indígenas y de exposición de la conquista espiritual deben añadirse la *Historia general*, de Sahagún, y la *Monarquía indiana*, de Torquemada, ambos también franciscanos, que se han expuesto o se expondrán en otros lugares, ya que dichas obras contienen relaciones de la conquista militar, además de la espiritual.

VERSIONES PENINSULARES

En los vastos acopios historiográficos compuestos en España por los cronistas de Indias se encuentran también relatos de la conquista de México. El más antiguo de ellos es la *Historia general y natural de las Indias*, que escribió Gonzalo Fernández de Oviedo entre 1519 y 1548. Dentro de su propósito de reunir las informaciones entonces disponibles acerca del conjunto del Nuevo Mundo, para injertarlo en el cauce de la historia universal y en la idea providencialista de la evangelización de este mundo confiada a España y al emperador Carlos V, Fernández de Oviedo se ocupa ampliamente de la Nueva España, en el libro XXXIII de su *Historia general*, y dedica 18 capítulos de este libro, del XLV al LVII, a la conquista de México.

Fernández de Oviedo conoció bien las Indias, sobre todo

regiones de Centroamérica y la isla de Santo Domingo, en cuya fortaleza fue alcaide, aunque nunca viajó a México. Caso excepcional entre los historiadores de su época, que copiaban liberalmente lo escrito por otros sin precisar fuentes, el autor de la *Historia general y natural de las Indias* citó escrupulosamente la procedencia de sus informaciones. Recibió de Cortés las *Cartas de relación* publicadas en aquellos años, y para narrar la conquista de México las siguió como fuente principal aunque analizándolas con sentido crítico. Aprovechó también otras relaciones y cartas, como una del virrey Antonio de Mendoza. A su paso por Santo Domingo, entrevistó a Juan Cano, hidalgo que no era afecto a Cortés y que casó con doña Isabel, hija de Moctezuma, ocasión en la que precisó detalles de la vida de aquel gobernante indígena.

En los primeros años del siglo XVII, 1601-1615, otro cronista de Indias, Antonio de Herrera, publicó en Madrid la más copiosa recopilación acerca de la historia de las Indias, llamada *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, que habitualmente se conoce como las *Décadas* de Herrera, y que cubren el lapso de 1492 a 1554. La conquista de México está narrada en las décadas II^a y III^a, aunque interrumpidas a menudo por los relatos de otros acontecimientos simultáneos. Herrera dispuso de un caudal enorme de informaciones, muchas de ellas entonces inéditas. La lista que da respecto a sus fuentes mexicanas (década VI^a, libro III, cap. XIX) es impresionante. Sin embargo, para su relato de la conquista sólo utilizó las relaciones, entonces manuscritas, de Bernal Díaz y Cervantes de Salazar, de manera principal, y las de López de Gómara y Las Casas, ocasionalmente. Pero en las exposiciones de Herrera hay con frecuencia sorpresas, de circunstancias y hechos ajenos a las fuentes conocidas, y que proceden de pequeñas relaciones de conquistadores, hoy perdidas, así como de las *Relaciones geográficas* encargadas por Felipe II en 1577. Éstas, por otra parte, contienen informaciones aisladas y a veces únicas acerca de la conquista.

Juan Ginés de Sepúlveda, el humanista cordobés, amigo y admirador de Cortés, escribió hacia 1562 y en latín, una

crónica de la conquista, *De rebus Hispanorum gestis ad Novum Orbem Mexicumque*. El original latino sólo se publicó en Madrid, 1781, en el tomo III de las obras de Sepúlveda. Sus dos versiones al español son recientes: *Hechos de los españoles en el Nuevo Mundo y México* (traducción de Jonás Castro, Valladolid, 1976) e *Historia del Nuevo Mundo* (edición y traducción de Antonio Ramírez de Verger, Alianza Editorial, Madrid, 1987). Durante siglos, fue pues “un cronista olvidado”, como le llamó Angel Losada.

La crónica de Sepúlveda —sigo la edición de Ramírez de Verger—, compuesta en siete libros, dedica los dos primeros a los descubrimientos colombinos y a los asentamientos y destrucciones de la época de las islas, siguiendo las informaciones de Fernández de Oviedo, con algunos datos de Pedro Mártir y de López de Gómara; y los cinco libros restantes a la conquista de México, hasta la prisión de Cuauhtémoc y el arrasamiento de la gran ciudad. Sus fuentes son las *Cartas de relación* de Cortés con ciertos informes directos del conquistador y la *Conquista de México* de López de Gómara.

En su original latino, afirma Ramírez de Verger que la obra de Sepúlveda sigue las elegancias de Tito Livio y las narraciones rápidas de César. Traducida al español, queda lejos del nervio de la narración de López de Gómara y adolece de imprecisiones achacables tanto al autor como al traductor. Sin embargo, tiene opiniones interesantes que muestran un esfuerzo de objetividad dentro del marco general favorable a Cortés: abusos de los españoles, clima de México, codicia de Cortés, valor de los trueques para los indios y heroísmo de los mexicanos pese a la inferioridad de sus armas. Los discursos que, a la manera clásica, pone en boca de los protagonistas son elocuentes aunque excesivos. Las doctrinas de Sepúlveda sobre las justas causas de la guerra contra los indios, están expuestas con discreción, sin que falte una pulla a la terquedad opositora de Las Casas (I, 13,4).

El editor cree ver dos indicios de la pérdida o inexistente primera *Carta de relación* de Cortés, que Sepúlveda hubiera podido conocer: alusión a las cruces mayas (II, 11, 3), que ya se menciona en las instrucciones de Diego Velázquez a

Cortés; y supuesta aparición de Santiago en la batalla de Cintla (III, 15,5), que también se encuentra en López de Gómara (cap. XX).

El *De Orbe Novo* o *Historia del Nuevo Mundo*, de Juan Ginés de Sepúlveda, ahora accesible en español, es una crónica secundaria, interesante por la personalidad de su autor y con algunas apreciaciones originales acerca de la conquista de México.

LAS VERSIONES PRINCIPALES DE LOS CONQUISTADOS

Numerosos pueblos del México antiguo tenían el hábito de registrar en anales, con su escritura jeroglífica, los acontecimientos salientes: peregrinaciones, guerras, ascensión y muerte de sus gobernantes, sequías, eclipses, inundaciones, temblores. Por ejemplo, en la *Historia de la nación mexicana*, códice de 1576 llamado Aubin, en la página 80, junto al signo del año 1 caña, se pintó un barco con tres mástiles, lo que significa que en ese año llegaron los españoles. Además de los signos, en este códice se añadieron anotaciones en náhuatl, y la que va en la página 87, junto al signo del año 3 casa (1521) dice, traducida al español: “Como undécimo señor, en los *memontemi* del mes Quauitleua, se puso a reinar Cuauhtemotzin. Y allí fue vencido lo Mexicano, lo Tenochca cuando vinieron a entrar en conjunto los españoles”.

Pero pronto dejaron de ser tan esquemáticas las noticias. El rápido aprendizaje que hicieron los indígenas del sistema de escritura europeo les permitió expresiones más matizadas, y entre lo mucho que escribieron se conservan algunas relaciones de la conquista.

Esta preocupación por conservar el recuerdo de sus tradiciones y el testimonio de la destrucción de su cultura, que fue para ellos la conquista, existió sobre todo en los pueblos de habla náhuatl y maya. Apenas unos años después de la caída de México-Tenochtitlán, en 1524, un indio de Tlatelolco —que pudiera ser Martín Ecatzin— comenzó a redactar en náhuatl *Unos anales históricos de la nación mexicana* o *Relación de Tlatelolco*, que concluyó en 1528. En la parte final de

este documento se narra, a la manera de los “cantos tristes”, el horror del sitio y la rendición de la ciudad de México, en versos de patético dramatismo:

En los caminos yacen dardos rotos, los cabellos están esparcidos.

Destechadas están las casas, enrojecidos tienen sus muros. Gusanos pululan por calles y plazas y están las paredes manchadas de sesos.

Rojas están las aguas, cual si las hubieren teñido y si las bebíamos, eran agua de salitre.

Golpeábamos los muros de adobe en nuestra ansiedad y nos quedaba por herencia una red de agujeros.

En los escudos estuvo nuestro resguardo, pero los escudos no detienen la desolación. (Trad. de Ángel M. Garibay)

En la colección de poemas en náhuatl formada en el siglo XVI y llamada *Cantares mexicanos* hay otros “cantos tristes de la conquista”. Del llamado “Se ha perdido el pueblo mexícatl”, compuesto probablemente hacia 1523, vale la pena recordar este breve pasaje:

El llanto se extiende, las lágrimas gotean allí en Tlatelolco.

Por agua se fueron ya los mexicanos; semejan mujeres; la huida es general.

¿Adónde vamos?, ¡Oh amigos! Luego ¿fue verdad? Ya abandonan la ciudad de México: el humo se está levantando; la niebla se está extendiendo...

¡Oh, amigos míos, llorad!

Sabed que dejamos yerma la nación mexicana. (Fr, 6v-7, trad. Garibay)

Para los mexicas y tlatelolcas, la conquista fue una derrota, pero paradójicamente, para los tlaxcaltecas, enemigos de aquellos y aliados de los españoles, fue un triunfo que celebraron, como lo muestra este “Canto tlaxcalteca”:

Hemos logrado al fin llegar a Tenochtitlan: esforzaos, tlaxcaltecas y huexotzincas, ¿Cómo lo oirá el príncipe Xicotécatl,

el ahorcado? ¡Ea, esforzaos! . . . Ayudad a nuestros señores, los vestidos de hierro, que ponen cerco a la ciudad, que ponen cerco a la nación mexicana. ¡Ea, esforzaos! (F. 54, trad. de A. M. Garibay)

Con un método admirable de planeación, investigación, recolección y depuración de sus informaciones indígenas, fray Bernardino de Sahagún logró que los indios mismos escribieran la historia de su cultura que desaparecía. Y además de registrar noticias sobre su religión, su pensamiento, su historia, su mundo natural, su lenguaje y sus costumbres, Sahagún se empeñó especialmente en que consignaran lo que para ellos fue la conquista, en el libro XII de la *Historia general de las cosas de Nueva España*. En el *Códice florentino*, última redacción de esta obra, aparece una versión en náhuatl, dictada por los informantes indígenas, otra en español y un espléndido conjunto de imágenes de escenas de la conquista, pintadas también por indígenas. El texto en náhuatl tiene el interés de comunicarnos a lo vivo, con las propias palabras de quienes habían sido testigos de los hechos, detalles de las primeras, confusas y aterradoras reacciones de los indios ante los españoles. Por ejemplo, su visión de las armas y los aderezos, los caballos y los perros de los conquistadores:

también mucho espanto le causó [a Moctezuma] el oír cómo estalla el cañón, cómo retumba su estrépito, y cuando cae, se desmaya uno, se le aturden los oídos. . . .

Sus aderezos de guerra son todos de hierro; hierro se visten, hierro ponen como capacetes a sus cabezas, hierro son sus espadas, hierro sus arcos, hierro sus escudos, hierro sus lanzas.

Los soportan en sus lomos sus "venados". Tan altos están como los techos.

Por todas partes vienen envueltos sus cuerpos, solamente aparecen las caras. Son blancos, como si fueran de cal. Tienen el cabello amarillo, aunque algunos lo tienen negro. Larga su barba es, también amarilla; el bigote también tienen amarillo. Son de pelo crespo y fino, un poco encarrujado. . . .

Pues sus perros son enormes, de orejas ondulantes y aplastadas, de grandes lenguas colgantes, tienen ojos que derraman

fuego, están echando chispas: sus ojos son amarillos, de color intensamente amarillo. (Sahagún, *Historia general*, ed. Porrúa, libro XII, trad. de A. M. Garibay)

Además de estas versiones en náhuatl y en español, que aparecen en el *Códice florentino* y que fueron redactadas hacia 1555, existe otra versión, más extensa y expresiva, escrita hacia 1585, en la que Sahagún quiso que se enmendaran omisiones e imprecisiones que se habían hecho en los relatos anteriores. Por ejemplo, la impresión que los indios tuvieron de los españoles, las reacciones del monarca mexica, la exposición que hace Cortés a Moctezuma, el relato de la Noche Triste y la supuesta entrevista de Cortés y Cuauhtémoc antes de iniciarse el sitio de la ciudad, en Acachinanco, para comunicarle las razones por las que le haría la guerra.

El dominico fray Diego Durán dedicó los capítulos del LXIX al LXXVIII, finales de su *Historia de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme* (c. 1581) a la narración de la conquista. El tema general de esta obra es la “nación mexicana” o sea el antiguo pueblo de habla nahua, y sus fuentes fueron documentos, pinturas e informaciones indígenas de procedencia mexica. Como Durán lo dice, su propósito es “escribir verdad y según la relación y memoriales de los indios” (cap. LXXIV). Consecuentemente, es una narración de la conquista desde la perspectiva de los aztecas vencidos. Esta versión tiene desacuerdos notorios con la versión española más conocida, digamos la de Cortés y Bernal Díaz. Hace responsable a Cortés, ya vuelto de Cempoala, de la matanza del Templo Mayor, si bien instigado por Alvarado; y afirma que, después de la pedrada que recibió Moctezuma, los españoles lo mataron a puñaladas.

Las informaciones indígenas de la que se ha llamado “Crónica”, recogidas por fray Diego Durán y por Hernando Alvarado Tezozómoc, fueron aprovechadas también en la *Relación del origen de los indios*, en sus dos variantes, el *Manuscrito Tovar* y el llamado *Códice Ramírez*.

El mestizo Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, descendiente de la nobleza tezcocana y mexica, fue muy entendido en las antigüedades del señorío de Tezcoco y se dedicó a acopiar

códices y documentos indígenas. Sus obras más importantes están dedicadas a la historia de los chichimecas y toltecas y son la principal fuente de información acerca de la vida y obra del rey poeta de Tezcoco, Nezahualcóyotl.

Como parte de su *Compendio histórico del reino de Tezcoco*, Alva Ixtlilxóchitl escribió la llamada “Decimatercia relación. De la venida de los españoles, y principio de la ley evangélica” (c. 1608), que es una relación de la conquista. Su propósito principal es poner de relieve la ayuda que los tezcocanos, en competencia con los tlaxcaltecas, dieron a los españoles durante el sitio de México, al construir la zanja para echar los bergantines al lago, y los miles de soldados tezcocanos que, bajo el mando de don Hernando Ixtlilxóchitl, señor de Tezcoco, lucharon al lado de los invasores. En palabras del historiador, “fue muy importantísima cosa la ayuda que tuvieron de Tezcoco dichos españoles”. La “Decimatercia relación” es, pues, una historia compuesta a base de documentos indígenas, aunque esta vez desde la perspectiva tezcocana y favorables a la conquista española. En el caso de Tezcoco, por los días de la conquista, dos hermanos y sus parientes lucharon entre sí. Cohuacoxtzin fue a pelear al lado de Cuauhtémoc, y el mencionado Hernando Ixtlilxóchitl a favor de los españoles. Y cuando aquél reprendía a éste “porque favorecía a los hijos del sol, y era contra su propia patria y deudos”, Ixtlilxóchitl le respondía “que más quería ser amigo de los cristianos que le traían la luz verdadera, y su pretensión era muy buena para la salud del alma”.

LAS IMÁGENES DE LA CONQUISTA

Las imágenes que conservamos de la conquista de México son todas de procedencia indígena. En varios códices post-hispánicos hay representaciones ocasionales de la llegada de los españoles, y en ellas es curioso advertir la confusión de los pintores indígenas respecto a los caballos, que inicialmente tomaron por venados grandes.

Años más tarde, en la segunda mitad del siglo XVI, se realizaron series de ilustraciones, complementarias de obras

históricas acerca de la conquista. Como los pintores o *tlacuilos* que las hicieron ya habían recibido enseñanzas en las escuelas de los frailes, y aprendido recursos y convenciones pictóricas europeas, mezclarán estos nuevos usos con sus propias tradiciones plásticas. Su arte, hecho de sensibilidad, imaginación, hibridismo, aprendizaje e intentos de ajuste entre dos mundos, es un arte mestizo.

Para la última redacción de su *Historia general de las cosas de Nueva España*, iniciada en 1575, en el manuscrito llamado *Códice florentino* —ya mencionado—, fray Bernardino de Sahagún encargó a los *tlacuilos* que había adiestrado en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, una gran cantidad de ilustraciones y viñetas. El pintor que ilustró el libro XII de la conquista es, entre sus colegas de los demás libros, uno de los más hábiles y el que conoce y domina mejor las convenciones figurativas europeas: los movimientos de caballos y lanzas, las vistas aéreas de las batallas, con barcos y fortalezas, y las ondulaciones de los estandartes. Es un pintor desigual, muy preciso para dibujar a los españoles, pero que se confundía a menudo al representar su propio pasado: pirámides, dioses, señores, que comenzaban a serle extraños. Estas ilustraciones no fueron coloreadas.

La *Historia de las Indias de Nueva España* (c. 1581), de fray Diego Durán, así como los otros tratados que compuso (*Ritos y ceremonias* y *El calendario*), llevan también ilustraciones interesantes. Las nueve pinturas finales del Atlas que acompaña las obras del padre Durán se refieren a la conquista, desde la primera aparición de las naves españolas en las costas del Golfo hasta la toma de la ciudad de México y la conquista de otras provincias. Son láminas coloreadas, a veces ingenuas y a veces de notable diseño, como la matanza del Templo Mayor, y con la habitual mezcla de convenciones pictóricas indígenas y españolas.

A fines del siglo XVI, el mestizo Diego Muñoz Camargo escribió la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*. Siguiendo la usanza indígena, que gustaba de ver lo que se narraba, encargó a un excelente pintor, o a un grupo de ellos, una secuencia de 1 456 cuadros, cuya exposición fue haciendo en el texto. Los temas de estas pinturas tocan lo mismo

antigüedades tlaxcaltecas que asuntos de historia española. Los relativos a la conquista son 50 cuadros, que comprenden desde la llegada de Cortés a Cempoala hasta la toma de la ciudad de México, y prosiguen con otras campañas en diversas provincias hasta 1542.

Los cuadros de la conquista, y en general toda esta serie llamada tradicionalmente *Lienzo de Tlaxcala* (cuya versión ampliada, recientemente descubierta, es el *Manuscrito de Glasgow*), son una feliz conjunción de los recursos indígenas y los españoles y europeos, que logran diseños de gran limpieza y fuerza expresiva.

El conjunto de todas estas ilustraciones, las del libro XII del *Códice florentino*, las nueve pinturas finales que acompañan la *Historia* del padre Durán, y las del *Lienzo de Tlaxcala*, más algunas imágenes de otros códices, constituyen una admirable historia gráfica de la visión india del encuentro y la lucha con los españoles, y son las primeras obras de un arte pictórico naciente.

RELACIONES INCIDENTALES Y REGIONALES DE LA CONQUISTA

Antes de concluir este resumen de las crónicas de la conquista de México debe hacerse al menos una mención de las imágenes y referencias a este tema que hay en los códices *Telleriano Remensis*, *Vaticano Ríos*, *Aubin*, *Baranda*, *Tira de Tepechpan*, *De la conquista y Moctezuma*, así como en dos textos mayas, el *Chilam Balam de Chumayel* ("Xhalay de la conquista") y en la breve crónica de *Chac-Xulub-Chen*.

Y debe recordarse la existencia de importantes crónicas regionales, además de las ya citadas, en las que se narran los hechos de la conquista ocurridos en los pueblos respectivos: de fray Jerónimo de Alcalá (?), *La relación de Michoacán* (1540-1543, tercera parte, caps. XX-XXX); de fray Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán* (1560, caps. XI-XV); de Domingo de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, en náhuatl, la "Séptima relación" de las *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan* (c. 1591, pp. 234-235); y de

fray Antonio Tello, *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Xalisco* (c. 1650, lib. II).

UN PARADIGMA HISTORIOGRÁFICO

El conjunto de las crónicas de la conquista de México ofrece una especie de desarrollo ideal para el historiador, con testimonios inmediatos de los conquistadores, el capitán y el soldado, y de los conquistados, desde la perspectiva de varios pueblos; con la existencia de relaciones menores complementarias y regionales, que hacen posible la confrontación de los testimonios, y con documentos gráficos que nos permiten conocer plásticamente los sucesos terribles.

